

MONTEMAYOR Y LA INMACULADA

PABLO MOYANO LLAMAS
ACADÉMICO NUMERARIO

Montemayor, al contrario de otros pueblos de nuestra provincia de Córdoba, no posee una imagen de la Virgen María que aglutine al pueblo y le dé renombre, como ocurre con Lucena, Cabra o Santaella, por citar algunos de los pueblos de nuestra Campiña ubérrima. Tampoco cuenta con ningún santuario consagrado a la Virgen. Sí cuenta con uno dedicado a San José, otra ermita de San Sebastián, una de la Vera Cruz y otra de Jesús Nazareno, todas ellas abiertas hoy al culto, y en tres casos-Vera-Cruz, San Sebastián y Nazareno-, sede de tres cofradías con lo cual está garantizada su supervivencia.

Montemayor centró su fe mariana, desde el siglo XVI en la Inmaculada Concepción. Ella es el centro y raíz de su fe mariana. La Inmaculada ha sido desde hace más de cuatrocientos años la advocación más sentida, más venerada, más metida en el alma del pueblo, como voy a intentar demostrar en esta breve comunicación.

Cofradía de la Concepción de Nuestra Señora: Las cofradías en honor de la Inmaculada son comunes a finales del siglo XVI a nuestros pueblos. No tenemos documentos escritos sobre el nacimiento de esta cofradía en Montemayor. Los libros de cuentas de fábrica no comienzan en esa parroquia hasta 1580. Y ya en ese libro se nos dice que “En la villa de Montemayor, diócesis de Córdoba, a once días del mes de Junio de mil y quinientos setenta y siete años, el muy magnífico y muy reverendo señor Don Pedro Martínez, Visitador General de Córdoba y su Obispado, tomó cuenta de todos los maravedís que por la dicha Cofradía de la Limpia Concepción de Nuestra Señora se han tomado y gastado”.

El hermano mayor Don Alonso Hernández el cual salió alcanzado en diez mil ochocientos cuarenta y nueve maravedís de la cuenta desde el año 1575. Los hermanos dieron de limosna once mil cuatrocientos treinta y dos reales. De la colecta de las bacinetas que piden limosna por los hermanos en los sábados, se

recogen al año ocho mil sesenta y un maravedís.

Los ingresos de un año ascienden a treinta y cuatro mil ciento cuarenta y dos maravedís.

Las obligaciones de la cofradía se sintetizaban en una fiesta, o Misa, todos los sábados del año. En los gastos de cera de las Misas y procesiones. Particular importancia cobraría la fiesta del día ocho de diciembre.

La cofradía de la Limpia Concepción de Nuestra Señora aparece pujante y llena de vida durante los veinticinco años últimos del siglo XVI y durante todo el siglo XVII. La devoción a la Virgen había ido calando en las gentes sencillas del pueblo. Queda constancia en los libros de obvenciones unas importantísima cantidad de Misas celebradas a lo largo de todo el año, tanto por las cofradías como por los particulares, a la hora de hacer testamento, o de formalizar una promesa. Cala y cala muy hondo el fervor y la defensa del privilegio de la Inmaculada. Mientras los teólogos se debatían en serias y acaloradas disputas teológicas sobre si la Virgen fue o no fue inmaculada, los pueblos se adelantan en esa proliferación de Misas y de fiestas en honor de María Inmaculada. En este caso, el olfato del pueblo iba por delante –y muy por delante– de los obispos y de los teólogos.

Montemayor incrementa su fervor y su devoción a María Inmaculada. Así llega el año de 1682. Una fortísima epidemia cruza todos los caminos de Andalucía. Montemayor clava sus ojos en la Limpia Concepción de Nuestra Señora. El lunes, día cuatro de mayo de mil seiscientos ochenta y dos celebra la primera gran fiesta de mayo en honor de la Concepción. Y la celebra con procesión por la calle. La breve reseña del libro tercero de obvenciones es –dentro de su brevedad y concisión– todo un signo de ese fervor concepcionista. Dice: “Fiesta Ntra. Sra. de la Concepción con procesión por la calle para que la Madre de Dios nos alcance de su Hijo Santísimo salud y nos libre de este achaque de la peste. Este día se hizo cabildo abierto y se dotó esta fiesta para siempre jamás y se ha de decir el primer domingo de mayo de cada un año y se carga sobre la huerta del “Cañuelo” y ha de dar la cera la Cofradía de la Concepción y en la Misa se ha de dar conmemoración de San Acacio”.

Montemayor celebró esta fiesta o Misa del voto en honor de la Inmaculada Concepción hasta los años sesenta de este siglo, fiel a la cita y mandato de sus mayores. Hasta tal punto llega el fervor por la Inmaculada que según consta en los libros de obvenciones de los siglos XVII y XVIII llegan a celebrarse en un solo día hasta cuatro funciones o fiestas solemnes en honor de la Inmaculada Concepción. Una fiesta costeada por el Ayuntamiento. Fiesta que estaba cargada sobre una huerta –“El Cañuelo”– cuyo hortelano, que la tenía siempre en renta debía abonar los gastos de la función, clérigos, vestuarios, ayudantes. Una Misa estaba sufragada por el Municipio; otra por doña Leonor de Pachecho, condesa de Alcaudete, otra se titula “por los bienchores”; y la última, normalmente por algún devoto particular. Aparte de esas fiestas, muchos particulares aparecen costeando Misas y fiestas a lo largo de esos siglos. Y todos siempre con el mismo título: A la limpia Concepción de Nuestra Señora. Pero llegamos al año de 1697. Un buen hijo de Montemayor, de viejas y nobles raíces, sacerdote y Vicario en la Villa, decide construir una ermita en honor de San José, con el fin concreto de que todos los vecinos de las huertas, camino de La Zargadilla y Fernán-Núñez, puedan asistir a la Santa Misa, y ante la imposibilidad de acudir a la parroquia, por miedo

a los ladrones que por lo visto merodeaban por los contornos y debían tener atemorizada a la población, construye —como digo— una pequeña y preciosa ermita, hoy todavía en perfecto estado de conservación. El sacerdote se llamaba Don Pedro de la Mata y Luque. Un pequeño legajo del Archivo Parroquial resume los gastos de esa ermita, el inventario, los olivares con que la dota y ciertas tradiciones en torno al templo.

Don Pedro de la Mata y Luque decide que en el altar haya dos imágenes: Una la del santo patriarca, otra la de la Inmaculada Concepción. Y encarga dichas efigies de San José y de la Inmaculada a uno de los mejores artistas granadinos. O mejor, a dos, porque eran hermanos: José y Bernardo de Mora. La imagen de San José costó mil cien reales. La de la Inmaculada, salió algo más barata: novecientos reales.

Una vieja costumbre hizo que en marzo se trajera a la parroquia en procesión la imagen de San José. Y que la Virgen Inmaculada siguiera en la ermita recibiendo no sólo el fervor y la devoción de los contiguos hortelanos, sino de todo el pueblo de Montemayor que acudía incesantemente a la ermita —distante un kilómetro— para rezar a la Inmaculada. La imagen del santo patriarca se quemó en nuestra Guerra Civil delante del castillo junto a otras muchas reliquias de cuadros y objetos de culto. Sólo se salvó la Inmaculada que es una de las mejores tallas de la Virgen de nuestra provincia. Hoy se venera en la capilla de la Inmaculada y la espléndida corona —restaurada este mismo año— realza espléndidamente la figura de la Madre del Redentor.

Pero no le bastaba a Montemayor con tener la Inmaculada de San José. También en el siglo XVII se construye una de las puertas de acceso al templo. Justamente la que se llama “La puerta de las gradas”. Se trata de una portada de piedra, de líneas simples pero muy sugestivas. No he podido averiguar hasta hoy la fecha de su construcción, pero debió de ser hacia el año 1610, o tal vez antes. El hecho es que en esa portada construyeron una hornacina que la corona. En ella pusieron una escultura de la Inmaculada Concepción, tallada en piedra y hasta hoy de autor desconocido. En la Guerra Civil la tiraron con unas cuerdas desde la hornacina al suelo y milagrosamente los desperfectos fueron mínimos. La historia o la leyenda dice que uno que pasó, al verla en el suelo preguntó: ¿Qué hace ahí esa?”. Le respondió uno: “Es que se ha bajado a orinar”. Quién dio esa respuesta moría dos meses después víctima de una enfermedad de riñón y sin poder orinar. Con lo cual el pueblo vio en ello un castigo de Dios. Pero no basta lo dicho. En la primera mitad del siglo XVIII entra a formar parte de la casa de Alcaudete Don Antonio de Osorio en calidad de alcaide del castillo. Por lo visto este señor se casa y no nacían los hijos. Se encomienda a la Virgen y bastante después de casado le nace una niña a la que pone por nombre Concepción. Creo que era el año de 1740. Él considera eso un milagro de la Virgen Inmaculada y en testimonio de gratitud decide construir una preciosa capilla. Encarga la obra al gran tallista y escultor montillano Gaspar Lorenzo de los Cobos, el cual había hecho el Sagrario de Montemayor, la capilla de los condes de Alcaudete, la del Santo Cristo y que había casado en segundas nupcias con Catalina de Arroyo, hija de Montemayor.

Bajo el altar de la capilla, esta inscripción: “Se hizo esta capilla a devoción de quien la pagó con sus dineros, que fue Don Antonio de Osorio”. En verdad se

trata de una auténtica joya del barroco, digna de ser visitada. En esa capilla —que debió de terminarse por los años de mil setecientos cincuenta y tantos, puso una escultura soberbia, posiblemente también de la escuela granadina. Escultura que fue quemada entre otras muchas a las puertas del castillo ducal de Frías en 1936. Esa capilla y la Virgen que hoy la presiden han sido descritas en el sexto tomo del *Catálogo Artístico y Monumental* que acaba de salir a la luz y entre cuyos trabajos viene uno espléndido de Montemayor. Desde su construcción en el siglo XVIII la capilla de la Inmaculada es centro de fervor mariano y de espiritualidad.

Proverbial es la solemnidad de la novena de la Inmaculada en torno a la Virgen y a la capilla reseñada. Como dije, todo el fervor mariano de Montemayor se concentra en torno a la Inmaculada Concepción. Fervor que lleva cuatro siglos de historia constatada.

No quiero ser excesivamente largo y por eso termino. Pero quiero añadir un dato. El año 1954 se celebraba el primer centenario del dogma de la Inmaculada, promulgado por Pío IX. Montemayor se volcó. La Virgen salió a la calle, tal y como ordenaban los preceptos de la antigua Cofradía. El entonces párroco, D. Juan Espejo Gómez, impuso una medalla de oro a la Virgen con este motivo, con aplauso y asistencia de todo el pueblo. Ayer mismo, día de la Inmaculada, Montemayor demostró que sabe ser fiel a sus raíces. El templo, abarrotado de fieles, la solemne Misa cantada por el Coro parroquial, son un signo válido de que el cariño hacia la Inmaculada permanece intacto.